



LA NECESIDAD DEL MOMENTO

ESTE ARTÍCULO tiene por objeto llamar la atención de nuestros hermanos los obreros de las ciudades sobre un hecho del cual depende el acercamiento de la hora de la emancipación económica, política y social de la clase trabajadora, o el aplazamiento indefinido de ese momento que con emoción esperamos todos los desheredados que no estamos conformes con un sistema que condena a unos —a los que todo lo producen— a vivir en la miseria y en la opresión, mientras permite que la abundancia y el goce de todas las libertades sean el premio de los que nada hacen.

En el curso de la Revolución la fuerza proletaria ha quedado dividida como una consecuencia de las hábiles manipulaciones de políticos astutos del bando carrancista, que comprendiendo que la unidad en aspiraciones del proletariado es un peligro para la estabilidad del régimen burgués de la propiedad privada, porque acerca la hora de la abolición de ese régimen, se ha dado maña para dividir las aspiraciones obreras en dos tendencias, que se hacen contrapeso y retardan el momento de la emancipación.

A medida que el tiempo ha transcurrido, esas dos tendencias han ido precisándose más y más, encontrándose hoy perfectamente definidas. Una de ellas es la tendencia de los campesinos a obtener su libertad económica, basada en la libre posesión de la tierra. La otra es la tendencia del trabajador de la ciudad de mejorar su condición económica

por medio de salarios más altos. La primera tendencia —la del campesino— tiende a abolir el sistema de salarios, pues que sus golpes están dirigidos a obtener la independencia económica, a trabajar sin patrón; la segunda —la del obrero de la ciudad— tiende a perpetuar el sistema de salarios, porque no quiere que la fábrica, el taller, la fundición, etc., sean propiedad del obrero, sino que sigan siendo la propiedad de los burgueses, conformándose solamente con ganar algunos centavos más cada día.

El campesino quiere que la tierra sea del que la cultiva, lo que tiene como resultado la independencia económica, base de todas las libertades. El obrero de la ciudad, al luchar sólo por la elevación de los salarios, tiende a dejar en pie el sistema de la explotación y la tiranía.

La tendencia campesina predominaba al principio, pues contaba con la simpatía de los obreros de las fábricas, de los talleres, de las minas, de las fundiciones, etc., que a millares se lanzaban al campo a unirse con sus hermanos los trabajadores rurales para arrebatar la tierra de las manos de los burgueses, y así habrían seguido las cosas y en estos momentos ya estaría toda la tierra mexicana en poder del proletariado si la ruptura entre Villa y Carranza, que tuvo lugar en el otoño de 1914, no hubiera puesto a este último en la necesidad de buscar el apoyo de los obreros de las ciudades para acrecentar su fuerza, debilitada por la ruptura.

Cuando la ruptura tuvo lugar, Villa contaba con más partidarios que Carranza, por lo que éste tuvo que abandonar la ciudad de México y se refugió en Veracruz, donde, apenas llegado, lanzó su famosa declaración de que la revolución social comenzaba entonces. Una nube de propagandistas a sueldo se esparció por todas partes, anunciando que Carranza había inaugurado la revolución social. Hablaron esos propagandistas de reivindicaciones proletarias; dijeron verdades contra la burguesía, contra el militarismo, contra el clero. Se aprovecharon los políticos, en

una palabra, del ambiente de rebelión y de protesta que contra los explotadores, tiranos y embaucadores religiosos predomina en México, para halagar los sentimientos y los pensamientos de los desheredados, dando todo eso por resultado la adhesión de los proletarios de las ciudades a la bandera carrancista, divorciándolos de la unión moral y material que había existido entre ellos y los trabajadores rurales.

Los sindicatos obreros se multiplicaron y siguen multiplicándose; las Casas del Obrero Mundial surgen en los centros industriales, y una fiebre unionista se ha apoderado de los obreros de las ciudades, tornándose enemigos de los que ayer consideraban como hermanos de los trabajadores rurales, que, rifle en mano, luchan por conquistar la independencia económica, y no por ganar unos cuantos centavos más de salario, dejando en pie el sistema burgués de la propiedad privada.

La formación de los sindicatos obreros y la fundación de las Casas del Obrero Mundial constituyen, ciertamente, un progreso; pero en tiempos de paz, cuando los desheredados no están empeñados en una lucha de vida o muerte, disputando a los señores feudales la posesión de la tierra, que es la madre de todas las riquezas. El sindicato no debe ser considerado sino como una fuerza que sirve para que el obrero obtenga salarios mejores y trato más decente; pero de eso, a que redima al trabajador de la cadena de explotación capitalista, media un abismo. El sindicato no redime porque no está instituido para la expropiación de la riqueza social en beneficio de los productores.

Los hábiles políticos carrancistas han logrado, por lo mismo, restar fuerza al sano movimiento del proletario por la posesión de la tierra, desviando parte de ese movimiento del camino de la expropiación al del sindicalismo, y al peor de los sindicalismos: al que lo espera todo de leyes paternas dictadas por un Gobierno.

Nuestros hermanos los trabajadores de las ciudades,

deben meditar sobre este hecho, y estar en guardia: cuando los políticos y los gobernantes se dignen hablar de reivindicaciones proletarias, es porque necesitan el apoyo de los trabajadores para sostenerse en la situación privilegiada. El burgués no baja la vista hasta donde se pudre el pobre de miseria y de mugre sino cuando siente necesidad de él; pero lo ahorcará con más ferocidad cuando haya pasado la hora del peligro para el privilegio y la tiranía.

La necesidad del momento es volver a unir las fuerzas proletarias en una sola fuerza que vaya encaminada, directamente, a la expropiación de la riqueza social, y hay que hacerlo antes de que el Gobierno carrancista se consolide. Que cese la inicua campaña de la prensa obrera carrancista contra el movimiento zapatista. Esa campaña no tiene otro objeto que poner a salvo los intereses de la burguesía de la acción expropiadora de los trabajadores rurales, y ha sido instigada por los políticos para distanciar, para alejar a los trabajadores los unos de los otros, para dividirlos de manera que no marchen juntos hacia su emancipación. Los políticos comprenden que, unidos los trabajadores todos, compondrían una fuerza que nadie podría contener.

Fomentar el movimiento que tiene por objeto la toma de posesión de la tierra, es trabajar por el acercamiento de la deseada emancipación humana de las garras de la explotación y de la tiranía del hombre por el hombre; porque cuando el proletariado sea dueño de la tierra, será dueño de todo cuanto existe, por ser la tierra la fuente natural de todas las riquezas.

Estando la tierra en poder de los trabajadores, quedan todas las industrias en poder de ellos. Los edificios son contruidos con materiales extraídos de la tierra; las fábricas, los talleres, las funciones pueden funcionar únicamente por las materias que de la tierra se extraen o se la hacen producir; y si esto es así, si la tierra produce todo lo que se necesita para la alimentación del hombre, de los animales

útiles y la materia prima, para la industria, la posesión de la tierra debe ser el objetivo de todos nuestros esfuerzos.

El obrero de la ciudad debe unir otra vez sus fuerzas al trabajador del campo, y, unidos todos, deben comenzar por la expropiación de la tierra; por asegurar la posesión, en común, de la fuente natural de la riqueza. Desoíd, trabajadores de las ciudades, los consejos interesados de los jefes obreros carrancistas, que sólo están sirviendo para retardar la hora de la emancipación proletaria. Ellos os aconsejan que ingreséis al sindicato porque, de esa manera, os tendrán entretenidos y alejados de vuestros hermanos los que luchan, arma al brazo, por conquistar la posesión de la tierra para que no les prestéis asistencia alguna y no les deis la mano en estos momentos en que las fuerzas de la burguesía, bajo el nombre de carrancismo, se disponen a cargar sobre ellos para exterminarlos.

Pensad, obreros, en los miles de familias proletarias que viven contentas en las tierras por ellas ocupadas después de haber expulsado a los hacendados. Esas familias están compuestas de personas de vuestra clase, y tal vez en estos momentos, cuando las fuerzas carrancistas, después de vencido el villismo en el Norte, se disponen a marchar hacia el Sur, abriguen en sus pechos de gente sencilla la esperanza de que vosotros, sus hermanos de las ciudades, interpondréis vuestros robustos brazos para evitar el crimen de desalojarlas de las tierras ganadas con tantos sacrificios. ¿Y qué es lo que hacéis vosotros en este momento crítico para el bienestar de esas familias de trabajadores? Ayudar a Carranza, al negrero infame que, por el simple hecho de no pertenecer a vuestra clase, de ser un burgués, un señor feudal, un hacendado él mismo, tiene que ser vuestro enemigo natural. Eso es lo que hacéis: apoyar, en perjuicio de los vuestros, al hipócrita que os finge una amistad que no puede caber en su pecho de explotador del sudor de la plebe. ¿No sabéis que Carranza es un rico propietario del estado de Coahuila?

Pero aun cuando no fuera propietario, ¿no escarmentáis todavía de las burlas que habéis sufrido de parte de todos aquellos que os han prometido tantas cosas para que los elevéis al Poder? Comprendedlo de una vez: todo gobierno es tiranía, y todo juez un malvado. ¡No elevéis a nadie!

Vuestro hermano.

RICARDO FLORES MAGÓN

(De "Regeneración", 8 de enero de 1916).